

Gráfico CRÓNICAS

de Tlapacoyan



ALFONSO
DIEZ GARCÍA

alfonso@
codigodiez.mx

Mi encuentro con Juan Gabriel

El teatro y su casa en Ciudad Juárez

Hace años estuve con Juan Gabriel en Ciudad Juárez. Las razones de nuestro encuentro, cuáles fueron los antecedentes y qué sucedió después son ahora recuerdos que, tras su reciente fallecimiento, siento la obligación de compartir con ustedes, queridos lectores; son, además, un sencillo y humilde homenaje para quien falleció el pasado 28 de agosto.

En aquellos días trabajaba yo en el semanario Quehacer Político; además del puesto directivo que tenía, escribía editoriales, uno o dos reportajes por semana; una columna que hacía al alimón con José Luis Cuevas que se llamaba "Confidencias de José Luis Cuevas, por Alfonso Diez; otra llamada

se realizaría la entrevista, en la casa de Alberto, la misma en la que se le rindió homenaje a las cenizas del artista el sábado 3 de septiembre.

Para la función, Juan Gabriel se presentó vestido con un traje color gris oxford y corbata oscura; en cierto momento, el cantante se quitó el saco y se lo amarró por las mangas a la cintura, así que el resto de la noche cantaba, bailaba y el saco daba la impresión de que se trataba de una falda cada vez que daba un giro, pero el originario de Parícuta se dirigió al público y explicó que el pantalón se había descocido por la parte trasera, por eso había tomado la determinación de cubrirse con el saco.

Al terminar el show, el representante me llevó al camerino de Juan Gabriel, éste me dio la bienvenida, me preguntó que me había parecido el show y platicamos. Había varias

meses con él y que ahora se quería hacer pasar por su gran amigo e insistió: Cualquier cosa que me dijera sobre el asunto iba a dar pie para que se le hiciera publicidad a un tema y un sujeto que él no quería ni mencionar, así que me pedía que no habláramos más sobre eso.

Era una persona muy respetuosa. Comencé hablándole de tú, pero él me habló siempre de usted sin pedirme que le hablara también de esa manera, así que consideré que lo menos que le debía era el mismo respeto con el que él me trataba y en adelante le hablé de usted. Aproximadamente una hora y media después nos despedimos, presionados por su representante, que le recordaba que tenían que llegar temprano a la capital del estado para los preparativos de la preproducción que tenían que hacer.

En ese punto, yo ya había decidido regresarme a la Ciudad de México ese mismo día, para llegar a la revista antes de que se cerrara la edición. Ya no iría a Chihuahua. Me programé para ir escribiendo borradores a lo largo del día sobre lo que iba a publicar de mi encuentro con Juan Gabriel.

Pero cuando nos estábamos despidiendo, el cantante me salió con algo que no esperaba, me dijo: **"Véngase con nosotros a Chihuahua y vamos a poder platicar mucho"**. Me agarró por sorpresa, le agradecí y le dije que tenía que estar en la revista antes de que cerrara la edición. Me insistió: **"Véngase con nosotros, se la va a pasar muy bien"**. Una vez más le agradecí y le di una explicación acerca del funcionamiento de periódicos y revistas y de mi responsabilidad, sabía que me estaban esperando y que lo que yo llevara iba a ser la portada de la edición. Aclaro que en su invitación no hubo jamás alguna insinuación de algo personal, la recibí como la de alguien que ha estado platicando a gusto, con respeto mutuo y que sabe que podría haber muchos temas a desarrollar. A pesar de las diferencias profesionales, personales y de preferencias nos acercó ese día cierta afinidad que tal vez se pudiese explicar como la de dos personas de bien que han encontrado algo en su rutina que quieren conservar.

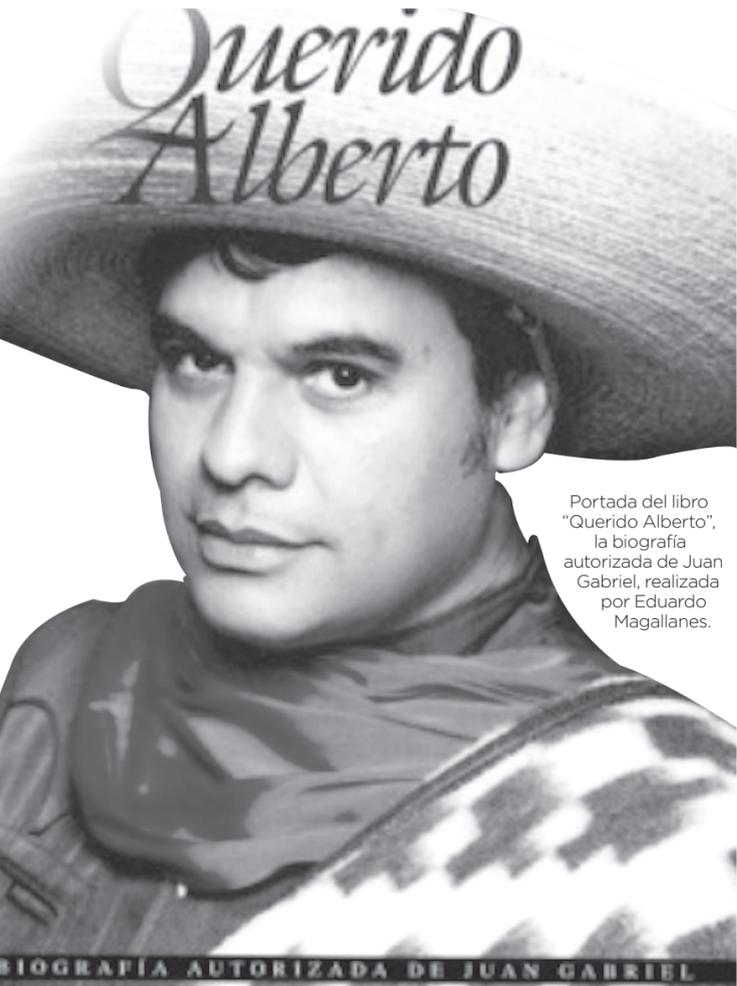
Me despedí finalmente. Me fui a mi hotel, recogí mi maleta y tomé un taxi al aeropuerto porque había un vuelo próximo hacia la Ciudad de México que no quería perder. No tenía reservación porque había planeado inicialmente dictar por teléfono lo que escribiera, irme a Chihuahua y luego a la Ciudad de México, con el reportaje incluido de los sucesos en la universidad. Pero, como anoté antes, durante el encuentro con Juan Gabriel decidí irme de inmediato a esta última ciudad y enviar a alguien a Chihuahua porque se había presentado algo más: Muy temprano hablé con mi esposa y ella me recordó que teníamos el viaje a Tlapacoyan ese fin de semana. Llevaríamos con nosotros a nuestras hijitas y a mi suegra.

Pero sucedió lo que no esperaba, llegué al aeropuerto y el vuelo estaba lleno, no había lugar para mí. No podía tampoco irme con Juan Gabriel porque el vehículo que lo transportaba junto con su representante salió de su casa al mismo tiempo que yo. Así que, triste, me conformé con lo que pude obtener, un boleto para esa misma noche, ya tarde, hacia la Ciudad de México. Hablé con mi esposa y le pedí que se adelantaran a Tlapacoyan, yo las alcanzaría al día siguiente y así lo hice, por la mañana del siguiente día tomé el ADO correspondiente.

Sucesos inesperados

La revista se publicó hasta la semana posterior, porque no llegué antes del cierre de edición. La cabeza de portada decía: **Juan Gabriel habla del libro**. Fue poco lo que tocamos sobre el tema, pero suficiente para justificar la cabeza principal. El cuerpo de mi texto bordó alrededor de todo lo que acabo de relatar, pero con mayor amplitud y muchas fotos, hasta del boleto de entrada al espectáculo en Ciudad Juárez.

Un par de semanas después recibí una llamada del licenciado Enrique Fuentes León que me pedía verlo en



Portada del libro
"Querido Alberto",
la biografía
autorizada de Juan
Gabriel, realizada
por Eduardo
Magallanes.

LA BIOGRAFIA AUTORIZADA DE JUAN GABRIEL

su despacho de la colonia Polanco. El tema era el autor de "No tengo dinero".

No quiso abundar sobre lo que quería tratar conmigo ni yo le insistí para que me dijera. Asistí puntual a la cita: Ocho PM en punto en su oficina. Me pasó a un despacho pequeño que sólo tiempo después sabría que no era el de él. Ahí me explicó que Juan Gabriel quería hablar conmigo y que su llamada llegaría en cualquier momento y efectivamente, diez minutos después, a lo sumo, llegó. Juan Gabriel me habló en un tono muy cordial, me agradeció que me hubiera trasladado a Ciudad Juárez para hablar con él y me dijo que le había gustado mucho lo que publicé, pero... Había un pero. No le gustó la cabeza que pusimos en portada: **Juan Gabriel habla del libro**, porque, me dijo, no quería que Joaquín Muñoz, el autor del libelo, como Juan le llamaba, tuviera la mínima publicidad. Le hice ver que, al contrario, lo poco que había yo escrito sobre el libro, basado en lo poco que él me dijo sobre ese tema, serviría para poner en su lugar a quien lo escribió, para que los lectores y su público supieran que se trataba de una biografía no autorizada y le hice ver que al encuentro con él dediqué varias páginas que lo retrataban de manera positiva. Me dijo que tenía yo razón y que en realidad me había llamado para decirme, como ya me había expresado, que le gustaba cómo escribía yo y lo que había escrito. Me aseguró que iba a estar al pendiente en el futuro de todo lo que yo escribiera y después de media hora de plática me hizo ver otra de las razones de su llamada y porqué me la había hecho a la oficina de Fuentes León.

No quisí llamarle directamente a la revista porque no quería que se supiera que habíamos vuelto a hablar sobre el tema y tenía que en mis oficinas pudiera yo grabar, casi en automático, todos los telefonemas (y tenía razón). Y había algo más, iba a emprender una gira por diversas ciudades de Estados Unidos y quería que lo acompañara a uno o varios de los puntos en los que iba a cantar. Acepté de inmediato y quedamos en ponernos de acuerdo en dos o tres semanas.

A Enrique Fuentes León lo traté en varias ocasiones posteriormente debido a sucesos que algún día podré poner por escrito en este espacio. La última vez que lo vi fue en la boda de la hija de mi amigo, Eduardo Moreno Laparade, el sobrino de Cantinflas. Enrique se vio envuelto en muchos problemas, tuvo que salir del país acusado de haber participado en el secuestro de Nellie Campobello, la famosa escritora y bailarina a la que también le robaron su fortuna, de lo que también se acusó al abogado. También se le acusó de haberse encontrado con Manuel Muñoz Rocha en San Antonio, Texas; éste fue el que supuestamente ordenó el asesinato del ex cuñado de Raúl y Carlos Salinas de Gortari, José Francisco Ruiz Massieu, en 1994.

Por todas las circunstancias que rodearon a Enrique y otros sucesos que no vienen ahora al caso, relacionados con otros personajes, opté por no volver a tocar el tema de Juan Gabriel con éste.

Pero Joaquín Muñoz, el autor de "Juan Gabriel y yo", el libro que me llevó a la entrevista en Ciudad Juárez nunca se olvidó de mí, aunque no nos conocíamos ni en persona ni por teléfono. Años después de los sucesos descritos antes, yo dirigía el semanario "Revelación" y un día recibí una llamada de Joaquín, me dijo que tenía más fotos de Juan Gabriel que quería mostrarme y mucho material que me iba a interesar porque era una mina para cualquier periodista y él me lo quería dar a mí. Acompañado por el Jefe de Información de la revista acepté la invitación a cenar en la Casa de Muñoz en San Luis Potosí.

Desde que llegamos dominó el ambiente la música de Juan Gabriel. Salta a la vista que Joaquín es una persona con preferencias diferentes a las del grueso de la población, lo mismo que sus asistentes, unos jovencitos que nos atendieron durante la plática en la sala y después durante la cena.

Me mostró algunas fotos, nada diferente a lo que ya conocía y me dijo que tenía muchas más, pero no las exhibió. Sistemáticamente insistió en que quería mucho a Juan Gabriel, que era su ídolo y que esperaba algún día reconciliarse con él. Que el libro no lo había publicado con mala fe y esperaba que el cantante lo entendiera, que quería hablar con él porque había cosas que necesitaba decirle, muy importantes. Me parece que en realidad el objetivo de su invitación era que tras nuestro encuentro yo iba a publicar lo que él me estaba declarando y que Juan Gabriel, al leerlo, iba a reaccionar positivamente hacia su persona. Pero no publiqué nada. No había material periodístico y lo que ofreció entregarme y me hizo viajar a San Luis Potosí no lo cumplió, así que no pensaba yo volver a tocar el tema... Hasta ahora.

Hace poco, Joaquín Muñoz reapareció públicamente, citó a conferencia de prensa y declaró que se había reconciliado con Juan Gabriel y que estaba por publicar un nuevo libro para el cual ya tenía la autorización del cantante, el título sería algo así como "Juan Gabriel y yo, juntos otra vez", pero al poco tiempo el cantante lo desmintió y aclaró que ni había habido reconciliación ni era su amigo.

Final con un cambio radical

El día que murió Juan Gabriel platicué sobre el tema de manera amplia con mi amigo, Walfred, en Tlapacoyan, y le dije que en realidad sólo me gustaban algunas de sus canciones y que no me gustaba la manera en que se movía en el escenario ni sus actitudes.

Uno o dos días después se publicó en el periódico Milenio el artículo del director de TV UNAM en el que se burla del cantante y lo califica de manera insultante y racista. A éste "le fue aceptada su renuncia" de inmediato por el rector. Mi análisis sobre ese artículo se publica ahora en un recuadro adjunto.

Una noche, días después, en la Ciudad de México, no pude dormir y reflexioné acerca de Juan Gabriel y sus canciones. Como resultado de tales reflexiones envié el siguiente mensaje a Walfred, por la mañana:

Siempre sucede igual: Nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido.

Eso sucede ahora con Juan Gabriel: Anoche reflexionaba acerca de cuál es la canción de él que más me gusta y escogí tres. Hasta que te conocí, Debo hacerlo y Querida. Luego me puse a escuchar Hasta que te conocí y valoré en toda su dimensión la ternura que proyectaba al cantarla, el sentimiento, su gran calidad interpretativa y las bellísimas letras que nos dejó.

Comienza la leyenda de Juan Gabriel. Ya era un ídolo, ahora será un gran ídolo, inolvidable. Ahora valoro en realidad la suerte que tuve de haberlo tratado, de haber estado con él en su casa de Ciudad Juárez y de haberlo acompañado al concierto que dio en esa ciudad con un boleto que el mismo me obsequió. Se fue un gran artista, un gran compositor. Creo que podemos hablar de cuatro para México: Agustín Lara, José Alfredo Jiménez, Armando Manzanero y Juan Gabriel. Este último escribió 1,800 canciones, hay que investigar cuántas los otros tres grandes compositores. ¿Le llegarán? Aunque, claro está, el número, un poco mayor o menor, no demerita el trabajo de ninguno. Y mira, sin querer, estoy rindiéndole al que se acaba de ir un pequeño homenaje. Volvemos a las primeras líneas de lo que ahora escribo: Nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido. ¿Recuerdas lo que platicábamos el otro día? Como ves, mi cambio es radical.



Juan Gabriel en esos días.

"La historia desconocida" (de ahí el título que ahora tiene mi programa de radio en Tlapacoyan; el de Martínez de la Torre se llama "la historia de la historia" y el de la Ciudad de México "Pleno de historias"; los tres títulos reflejan, evidentemente, pasión por la historia).

La situación en el estado de Chihuahua estaba casi ardiendo debido al movimiento estudiantil que se había desatado en la universidad estatal y que amenazaba desbordarse al resto de la república; y por otra parte, el colaborador más cercano de Juan Gabriel, Joaquín Muñoz, ex manager del cantante, había sido despedido por éste y como aparente represalia Muñoz publicó un libro cuya edición se agotó en librerías en poco tiempo; en éste, el ex manager incluye fotos del cantante junto a otros jóvenes que, de acuerdo con los pies de fotos y el texto de la publicación, son o fueron parejas sentimentales del canta autor. ¿Era cierto lo que decía Muñoz? La pregunta sólo la podía responder el afamado compositor y esto, sumado a los acontecimientos candentes en la Universidad de Chihuahua determinaron la programación de mi viaje. Concertamos una cita con Juan Gabriel para realizar la entrevista correspondiente y tomé el avión a Ciudad Juárez. Disponía de poco tiempo para investigar y escribir acerca de los dos asuntos y le di prioridad al del ídolo recién fallecido porque, para suerte mía, esa noche iba a presentarse precisamente en Ciudad Juárez, así que volé directamente a esta última ciudad. Una vez realizada la entrevista podría trasladarme a la capital del estado.

En el aeropuerto me recibió el representante de Juan Gabriel, nuevo manager, y me llevó al hotel en que se hospedaban otros artistas que intervendrían en el show que esa noche daría el cantante. Éste estaba concentrado en el teatro, ensayando. Comí en el hotel con el enviado y planeamos la entrevista. Nos acompañó un abogado que era el encargado de resolver todos los problemas legales que enfrentaba el artista. Éste se expresaba con admiración de su representado, decía que, en su opinión, no existía ningún otro autor-compositor-cantante tan talentoso y que hubiera producido tantas canciones y tan bellas como lo había hecho Alberto Aguilera Valadez, verdadero nombre de Juan Gabriel. Por indicaciones de éste, me entregó el manager un boleto que me ubicaba en un lugar muy cercano al escenario en el que se llevaría al cabo el show y quedamos que al otro día por la mañana

personas que lo abrazaban y lo felicitaban y en esas condiciones lo mejor era esperar al día siguiente para realizar la entrevista acordada. Cuando salió del lugar, él se veía cansado, abordó un vehículo que conducía su chofer, no lo acompañaba nadie más; se sentó en el asiento detrás del conductor y volteaba hacia la calle de manera persistente, pero más que buscar a alguien parecía como esperar que la gente se acercara, lo que no sucedió. Me fui a descansar al hotel y al otro día, a las 9 de la mañana, ya estaba yo en su casa de la calle 16 de septiembre, entre las calles de Honduras y Perú.

La cita tan temprano se debía a que Juan y su comitiva tenían que irse a Chihuahua para preparar el siguiente show, que si mal no recuerdo se realizaría en esta ciudad.

La reja de entrada era exactamente del mismo color verde claro que tiene ahora. Me recibió el representante y pasamos a la casa, a una sala de techo alto con unas escaleras al lado que conducían a algunas habitaciones, que entonces eran siete.

Juan Gabriel bajó puntual, vestido con pants grises. Me saludó efusivo y me preguntó si quería tomar algo, le agradecí y le dije que ya había desayunado en el hotel.

Hablamos del show, de la gente que trabaja con él, de los planes de próximas giras. Yo buscaba el momento adecuado para preguntarle acerca del libro de Joaquín Muñoz sin incomodarlo y finalmente le dije que quería conocer su opinión sobre tal publicación. Él estaba, tal como había yo previsto, molesto con el tema, me dijo que no quería darle publicidad a un sujeto que solamente había trabajado por unos



El interior de su casa en Ciudad Juárez, ubicada en la calle 16 de septiembre, entre las calles de Honduras y Perú.